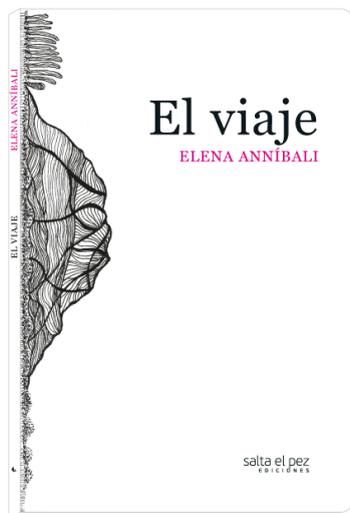


// Reseñas //



El viaje

Elena Anníbali

Salta el pez Ediciones,

2021

Femina viatrix

Diego E. Suárez¹

Recepción: 22 de octubre de 2021 // Aprobación: 1 de diciembre de 2021

Elena Anníbali (Oncativo, 1978) es poeta, narradora, docente e investigadora, Licenciada en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente reside en la capital cordobesa. Ha publicado los poemarios *Las madres remotas* (Río IV: Cartografías, 2007), *Tabaco Mariposa* (Córdoba: Caballo Negro, 2009), *La casa de la niebla* (Buenos Aires: del Dock, 2015) y *Curva de remanso* (Córdoba: Caballo Negro, 2017). Narrativa: *El tigre* (Villa María: EDUVIM, 2010). Ensayo: *Perro de Dios. Diez años en la poética de Alejandro Schmidt*, en coautoría con Leticia Ressia (coedición EDUVIM y Editorial UNC, 2020).

¹ Licenciado en Letras (UNaM). Auxiliar docente en Literatura Argentina I en la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Entre Ríos. E-mail: suarez.diego@uader.edu.ar

El viaje de Anníbali comienza con la prueba del alce: “(...) un test de seguridad en el que/ vehículos maniobran en un zigzag furioso emulando/ situaciones peligrosas (...)”. A medida que avanza, el poema, aparentemente explicativo, se convierte en alegoría: “si el conductor (...)/ atropella al alce, y el alce/ muere, su espíritu/ entra en el cuerpo del conductor/ para, definitivamente,/ hacer derrapar al vehículo/ en un vuelo insólito/ inacabable, en el que/ el tiempo se retuerce/ sobre el tiempo y/ todos mueren”. Es una advertencia. Como dice Juan Fernando García en la contratapa del libro: “Hay que ir bien provistos, por eso el comienzo es una prueba técnica”. Escritura y lectura –ya que todo texto está escrito eternamente aquí y ahora, diría Barthes– devienen actividades que transgreden las leyes de la física y hacen de cada verso un multiverso, en el que el tiempo se retuerce sobre el tiempo.

Es sabido que desde la Edad Media la idea del camino, *in via*, se asocia a la peregrinación y al desplazamiento constante. Es lo que se ha denominado *homo viator* [cuyo reflejo encontramos en las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre: “Este mundo es el camino/ para el otro, que es morada/ sin pesar;/ mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada/ sin errar./ Partimos cuando nascemos,/ andamos mientras vivimos/ y allegamos/ al tiempo que fenescemos;/ así que, cuando morimos,/ descansamos.” (V)]. El peregrino medieval viajaba hacia un lugar remoto en pos de salvación espiritual. En una entrevista reciente con Mauricio Micheloud, Anníbali traza un itinerario no tan distinto: “Viajar me hace feliz. Escribir me hace feliz. Y ambas cosas me limpian.” Uno y otro desplazamiento, el físico y el mental, aparecen tensionados página tras página, manifestándose no sólo por la mención de distintos lugares (Córdoba, Resistencia, Madryn, o Hainan y el Monte Paektu), sino también por otros gestos tal vez menos explícitos.

Asimilar la lectura al viaje es ya un lugar común que preferimos evadir. Más fructífera nos parece la puesta en diálogo con los relatos de viaje, pues nos abre otra dimensión interpretativa.

Como señala Vanesa Miseres (University of Notre Dame) en su trabajo *Mujeres en tránsito. Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*, contrariamente al relato de viaje escrito por autores masculinos, los textos de mujeres han sido, generalmente, trivializados como producción menor dentro de la historia literaria latinoamericana. Las viajeras que ella estudia –Flora Tristán (1803-1844), Juana Manuela Gorriti (1816-1892), Eduarda Mansilla (1834-1892) y Clorinda Matto de Turner (1852-1909)– obligan a reubicar esta producción dentro del contexto del siglo XIX y asignarles un lugar prominente en el campo cultural de la época, ya que como viajeras por Sudamérica, Estados Unidos y Europa, cada una de estas mujeres reflexiona sobre temas como la nacionalidad, las fronteras regionales y culturales entre los países sudamericanos, las diferencias de estos con Europa y los Estados Unidos, el lugar de Latinoamérica en el mundo moderno y el rol de la mujer en estas discusiones. Una clave emergente, en este sentido, es la de los medios de transporte usados por estas mujeres en tránsito: el barco de Eduarda, por ejemplo, rumbo a los Estados Unidos, o el tren y el “servicio de mensajerías” de Juana Manuela camino a su Salta natal. Como parte de ese linaje, Anníbali nos propone otro imaginario, ya que no sólo se desplaza por su cuenta, sino que además toma el volante: “en la autopista Córdoba/Carlos Paz, siempre/ por el carril izquierdo, viendo con ansias/ el espejo retrovisor, dejando que el auto/ oscile, seguro, en los 140, 10 km por encima/ de lo permitido, aunque no termina siendo/ exactamente peligroso, sí lo es si,/ como siempre, voy pensando en vos, ahora/ que no creés más en mí (...)”. A fin de cuentas, a alta velocidad, simultáneamente en la ruta y en la

aflicción, no se hace pie en ninguna parte, entonces el poema se crispa: “si muriera, por ejemplo, hoy/ en esta ruta (...) mi último pensamiento/ serías vos”.

En otros casos, la poesía irrumpe por el intersticio que abre un “mientras”, haciendo del poema una línea de fuga sin concesiones: “llevo a mi mamá a controles de rutina/ a la farmacia, a recortarle el pelo/ que se deshace, en mechones,/ como el de las muñecas// mientras manejo por la ciudad esquivando colectivos, esquivando/ mi propia ira, idiotas, mujeres/ con chicos en brazos, me habla/ acomodándome/ en recuerdos que no me pertenecen (...)”. El vínculo madre-hija lesionado por la confusión y el fastidio culmina en una mezcla de extrañamiento y empatía: “¿vine yo/ de ese cuerpo? ¿de un cuerpo/ que no conocí, irremediamente/ consumido por las horas? y esta/ mujer, que ahora llamo mamá,/ ¿quién es? ¿por qué me habla?/ ¿para qué me sonríe?/ ¿adónde vamos?/ ¿cuál es el nombre/ de esta ciudad?”. Como si el alma de una pasara a la otra, ese *devenir-la-propia-madre* insinúa una reconciliación con lo irremediable. Algo parecido ocurre en otro sentido, con el maternar: “miro a mi hijo/ jugar (...)/ el niño –también él– bucea en una/ inédita oscuridad: yo no/ lo conozco, mi cuerpo lo arrojó/ un día, al mundo/ y desde entonces, una sincronidad/ adversa nos trabaja, alejándonos”. Viajamos así por una poética en la que todo parece distanciarse en forma inevitable hasta volverse extraño.

Otra forma de desplazamiento se da por la vía de la imaginación y el exotismo. Los primeros poemas de la sección titulada “Leyendo a Juanele” están protagonizados por una voz que se dirige a Neferet (nombre egipcio que significa “mujer hermosa”), y en los otros, se presenta una especie de juego orientalista: “No hay nadie que mire conmigo los ojos de esta joven gacela.// Si yo muero este atardecer,/ ¿quién recordaría este instante de celebración?// Por eso le escribo a mi mujer, que se ha ido al pueblo./ Le escribo como hablándole en la lengua de la aldea/ de nuestra infancia (...)”. Esa lengua aldeana constituye una lengua

puramente literaria, hecha de adaptaciones y traducciones, una especie de música que viene de lejos y llena el aire de sutiles vibraciones que nos transportan a otros estados, a otros mundos posibles.

El viaje culmina, después de todo lo visto y mostrado, en el poema titulado “Hacia el 8M”, que de alguna manera funciona como respuesta solidaria al séptimo del libro, donde dice: “(...) gendarmes en el aeropuerto, en la calle, en/ el hotel (...) me piden/ identificación, tarjeta/ verde, razones/ para estar allí (...) me preguntan: acá,/ una mujer sola, ¿por qué?/ estoy aterrada de/ mi tiempo estoy aterrada/ de mi especie”. El refugio ante este terror es la sororidad: “Oigan, mujeres de las casillas, oigan/ mujeres de la ruta, de los tinglados/ y de los galpones, óiganme (...)/ mujeres de los barrios altos (...)/ ¿Qué mal nos harán, hermanas?/ Qué mal nos harán. Somos/ un solo cuerpo vibrando./ Estamos a salvo./ Las amo, las he amado.” Si a lo largo del recorrido, poema tras poema, persiste la sensación de extrañeza y alejamiento de todo, el poema del desenlace, con su aura de proclama o himno, propone y anhela un destino de unión sanadora.

De esta manera, cuestionándose a sí misma, poniendo a prueba la percepción de los vínculos, en exploraciones imaginarias y afirmando sus convicciones –que son, además, colectivas–, la escritura de Anníbali configura una *femina viatrix*, una mujer en tránsito perpetuo por la vida y la poesía.